presentada por una bacante; *Dithyrambos, Teleté* (la iniciacion), y otros ciento que sería largo enumerar; su memoria ha llegado hasta nuestra época más que por los textos por los monumentos, como bajo-relieves, barros cocidos y jarros.

Entre esos engendros de la artística fantasía merece un lugar aparte Ampeles, hermoso doncel, gran amigo

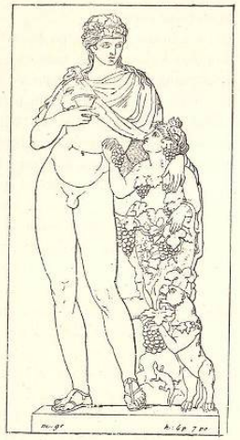

Fig. 347.—Baco y Ampeles. (Grupo antiguo).

de Baco, con el cual se le representa tiernamente enlazado.

«Estaba Baco en el Asia Menor y en compañía de los Sátiros se bañaba en las aguas del Pactolo y con ellos corría por los collados de Frigia cuando trabó estrecha amistad con un sátiro llamado Ampeles. Los dos jóvenes fueron á poco inseparables; pero en cierto dia funesto un toro furioso dió muerte al infortunado Ampeles, y Baco inconsolable derramó ambrosía en las heridas de su amigo y le convirtió en vid, siendo aquel divino licor lo que comunicó al vino su fuerza embriagadora. De ella cogió el dios un racimo, y exprimiéndolo entre sus manos dijo:—Amigo, tú has de ser en adelante el remedio más eficaz contra las penas humanas.» (Nonnos).

Otra version de la leyenda dice así:

«El mozo Ampeles, fruto de los amores de un sátiro y una ninfa, fué amado por Baco en el monte Ismaro, y recibió del dios en prenda de amistad una vid entrelazada con las ramas de un álamo, á la cual quedó su nombre. Un dia en que imprudente quiso coger un purpurino racimo á gran altura, cayó y murió: Liber entónces colocó entre los astros al amigo de su alma, el cual forma desde aquel dia la constelacion del Vendimiador.» (Ovidio).

Dícese que los moradores de Tessalia en la época pelásgica eran ya intrépidos jinetes cuando el uso de montar á caballo era aún desconocido en las otras regiones de Grecia. Como sucedió siglos despues á los Españoles en América, tuviéronlos sus aterrados vecinos por horribles monstruos, y los apellidaron Centauros. Dado aquel pueblo con pasion al vino, las leyendas mitológicas lo colocaron entre los entusiastas seguidores de Baco. Esta es una de las interpretaciones de que son objeto las leyendas que nos toca exponer ahora.

Tuvieron éstas por principal teatro la cordillera que se extiende á lo largo del mar Egeo desde la desembocadura del Peneo al extremo de la península de Magnesia; en aquellos sitios que vieron el combate de los Titanes contra los dioses, en las laderas y hondonadas del Pelion donde crecieron algunos de los preclaros héroes de Grecia, vivieron Chiron el ilustre y los Centauros feroces.

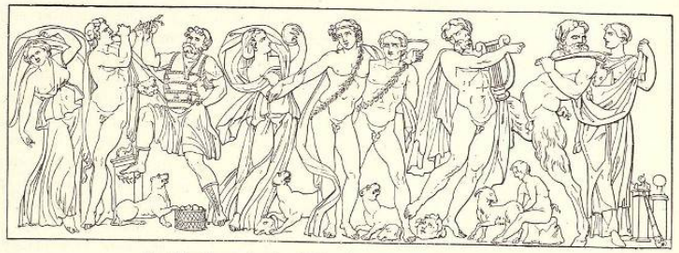

Fig. 348.—Baco y Ampeles. (Bajo-relieve del Museo Pio-Clementino).

Los Centauros, á los que representa la *Iliada* como séres velludos, como animales silvestres moradores de las montañas, descendían, segun la leyenda más generalizada, de Ixion, hijo de Ares ó de Phlegyas (el ardiente). Prometido esposo de Dia, hija de Deioneo, había Ixion ofrecido á su suegro magníficos regalos de boda á usanza de los tiempos heróicos; mas realizado que fué el himeneo faltó á su palabra, y de aquí que entrara Deioneo

en violenta cólera. Traidor el yerno y desleal invitóle á un banquete con pretexto de satisfacerle, y al tenerle en su poder, precipitóle en profunda fosa llena de encendidos carbones que para el objeto había abierto: el infeliz Deioneo quedó en un instante aniquilado. Tan horrendo delito excitó la indignacion de los hombres y los dioses; todos se negaron á purificar al pérfido del asesinato cometido, hasta que, en todas partes rechazado, dirigióse por fin á Júpiter, quien se mostró con él lleno de misericordia. El señor del Olimpo no sólo le perdonó, sino que lo admitió á su mesa y en la compañía de los inmortales; pero el ingrato Ixion, dando el beneficio al olvido, se atrevió á levantar sus ojos hasta la misma reina del cielo. Para burlarle formó Júpiter una nube (Nefelé) á la que comunicó la apariencia de Hera; Ixion, llevado por su audacia, la estrechó en sus amorosos brazos, y de su union nació un sér fiero y diforme por nombre Kentauros. De este y de las yeguas de Magnesia nacieron los portentosos Centauros, cuyo cuerpo participa de las distintas naturalezas de sus padres: su busto es de hombre, el cuerpo y los cascos de caballo. En los tiempos primitivos, empero, eran representados en completa figura humana, teniendo como apéndice la parte posterior del caballo. En cuanto á Ixion, como á su tiempo verémos, recibió tremendo castigo: Júpiter dispuso que Hermes lo encadenara á una rueda alada que torturándole lo llevó por los aires, suplicio que despues fué colocado en los infiernos.

La cumbre del monte Pelion, donde se amontonan las nubes y se forman las tempestades, era para los pueblos de Tessalia el lugar do moraban los Centauros. Los diferentes nombres que les aplicaron los poetas griegos expresan bien los elementos de su naturaleza: séres agrestes de feroz aspecto, de fuerza incontrastable, verdaderos animales fieros habitan en las montañas á las que hacen estremecer con sus espantosos clamores, y corren por los bosques cuyos árboles les sirven de arma en la pelea, á la vez que están en relacion con el fuego y las lluvias impetuosas.

Los Centauros, hijos de la nube *(Nefelé)* y del huracan (Ixion), dicen algunos autores modernos buscando

Fig. 349.—Baco y los Centauros. (Bajo-relieve del Museo Pio-Clementino).

como siempre la explicacion del mito en los fenómenos de la naturaleza, son los terribles genios de la tempestad, cuyos horrores se experimentan más que en parte alguna en las montañas y en las selvas, donde tronchan árboles y desgajan peñas. «La violencia y rapidez de su carrera, sus voces agudas hubieron de asimilarlos á caballos para la fantasía popular á tenor de una imágen que tambien se encuentra, añade Decharme, en las tradiciones rusas, segun las que el *Ljeschi* ó espíritu de las selvas ladra como un perro, muge como una vaca y relincha como un caballo. Expresan las mismas tradiciones que los estragos del huracan tienen por causa la tumultuosa lucha de los genios montaraces entre sí *(Liésowiki)*, los cuales á enormes distancias lanzan unos contra otros árboles seculares y peñascos de enorme peso. Esto nos ayudará á comprender el sentido del famoso combate entre Centauros y Lápites, asunto predilecto de los poetas y artistas griegos, quienes lo representaron en el friso del Teseion, en el templo de Apolo, en Bassa, y en otros varios monumentos.»

Otros autores, con el mismo criterio y con razones tan poco sólidas y convincentes como las anteriores, sostienen que no son los Centauros genios de la tempestad sino «personificacion de los torrentes, que labran con su vertiginoso curso profundos surcos en las laderas del Pelion.» (Preller).

La tradicion explicada respecto el orígen de los Centauros, no es la que admite el poeta Nonnos al describir la muchedumbre que acompañó á Baco en su expedicion á las Indias. «Seguía luego, dice, una tribu de Centauros con cabeza humana, raza velluda que fuera ántes de muy distinta naturaleza. En su forma de hombres fueron hijos de aquellas náyades llamadas Híadas, hijas del rio Lamos, y tuvieron á su cuidado la infancia del invencible Baco. No era entónces deforme su figura, cuando en antro tenebroso mecían al dios entre sus brazos acallando los lamentos que le arrancaba la memoria de la mansion paterna. Mas crecido el niño, y fecundo ya en ardides, ora imitaba en todo á recien nacido cabritillo, ora tomaba de las cabras la voz y el aspecto, ora ocultándose bajo mentida forma mujeril parecía ser apuesta doncella adornada con traje de mil colores, con los cabellos sostenidos por medio de cintas perfumadas, y para mejor burlarse del concentrado encono de Hera, hacía

salir de sus labios acentos femeninos. Inútiles, sin embargo, fueron los disfraces: Hera cuya inevitable mirada á todas partes alcanza, sorprendió esas transformaciones y concibió gran enojo contra los custodios del niño. Con las maléficas flores de Tessalia cogidas durante la noche llamó á los párpados de aquellos mágica somnolencia; dormidos que estuvieron destiló en sus cabellos emponzoñadas esencias, ungió sus frentes con encantado y penetrante licor, y alteró la expresion de sus semblantes; cuerpo y cola de caballo naciéronles en la parte posterior del suyo; en sus sienes brotaron cuernos boyunos, crecieron sus orejas, y sus ojos se ensancharan bajo su córnea frente, al tiempo que cubrían sus ijares espesas y erizadas cerdas.» Estos fueron los *bucentauros,* á diferencia de los *hipocentauros,* representados sin cuernos.

No fueron éstas las únicas fábulas sobre el asunto tejidas: decían unas que Júpiter, transformado en caballo,

Fig. 350.—Centauro dominado por Cupido. (Estatua antigua llamada el Centauro Borghese. Museo del Louvre).

hubo los Centauros de Dia, esposa de Ixion; en otros poetas se lee que Apolo y Stilbia, hija del rio Peneo, fueron padres de dos hermanos, Centauro y Lápite, cada uno de los cuales dió orígen á un pueblo.

El de los Lápites, que tuvo por rey á Piritoo, hijo tambien de Ixion, se compuso en su orígen, á causa de esta genealogía, de séres míticos de la propia familia que los Centauros, de los cuales los distinguieron más tarde los poetas, atribuyéndoles forma humana y haciendo de ellos un pueblo real y verdadero. Segun la etimología más probable de su nombre fueron tambien genios destructores, de violento empuje; pero luego que la epopeya húbolos, por decirlo así, humanizado, perdieron su carácter bestial y fiero para convertirse en esforzados guerreros. Diestros jinetes inventaron el freno, y como caudillos suyos aparecen famosos héroes, aunque casi todos impíos y perversos, como Ixion, Piritoo y Ceneo. Lápites y Centauros llegaron á furiosa y sangrienta pelea con motivo de las bodas de Piritoo con Hipodamia, nombre que al parecer tiene relacion con la naturaleza hípica

de los Centauros. A la fiesta fué invitado, con otros varios guerreros, el centauro Euritio, pariente de Piritoo, y exaltado por el vino, perdido el juicio, puso ojos y

Fig. 351.—Centauros.

manos en la esposa del rey lápite. Ofendidos los héroes por su insolencia le expulsaron del palacio despues de cortarle nariz y orejas, llevando consigo el insensato su locura y su castigo; pero á poco acudieron para vengarle los Centauros, provistos de enormes peñas y de gigantescos pinos que blandían á manera de lanzas. Con furiosos clamores invadieron la sala del festin, y derribando con fieros golpes á más de un enemigo precipitáronse contra las mujeres y las llevaron cautivas, hasta que, rehechos los Lápites á la voz de Piritoo y del invencible Teseo, los arrollaron, dieron muerte á los que más resistieron y persiguieron á los demas hasta la falda del Pindo. Esta era la tradicion sobre la cual compusieron los poetas desde Homero hasta Ovidio dramáticas leyendas. Asi contó el anciano Nestor la terrible escena á los caudillos griegos que con él estaban reunidos delante de los muros de Troya.

«El hijo del bravo Ixion había tomado por esposa á Hipodamia; por órden suya los crueles hijos de la nube se hallaban sentados á mesas puestas en cuevas sombreadas por verde follaje; asistían al festin los reyes de Tesalia, y con ellos me hallaba yo. Llenaba el aire un confuso rumor de voces y de cuando en cuando resonaban agudos gritos de gozo; cantábase el himeneo y en el atrio ardían los fuegos sagrados, cuando rodeada de un encantador cortejo de matronas y doncellas presentóse Hipodamia, oscureciendo con su belleza la de todas. Á porfía felicitamos cuantos allí estábamos al esposo afortunado, pero á poco quedaron aquellos buenos deseos desmentidos. Tu corazon, Euritio, duro y fiero entre los fieros y duros Centauros, encendido ya por el vino,

Fig. 352.—Hipodamia robada por los Centauros. (Pintura antigua).

abrasóse á la vista de Hipodamia, y la embriaguez redobló á cada instante sus ardores. De pronto son las mesas derribadas; el desórden llega á su colmo; Euritio arrastra por los cabellos á la hermosa novia proponiéndose robarla, y los Centauros, imitándole, se apoderan de las mujeres que la eleccion ó el azar ponen en sus manos. Desgarradores gritos resuenan en la cueva, cuyo aspecto es el de una ciudad tomada por asalto, y Teseo, dominando el tumulto, exclama:—¡Qué furor es el tuyo, oh Euritio! ¡Cómo! yo vivo, ¡y no temes ultrajar á Piritoo! ¿Ignoras, acaso, que ofendiéndole á él á mí me ofendes?—Para que sus palabras no fuesen vanas, separa cuantos obstáculos se oponían á su paso, y arranca á Hipodamia de entre los brazos de los Centauros furiosos. Mudo Euritio, sin palabra para justificar su crímen, atrévese insolente á herir con sus manos el rostro y el pecho del generoso vengador de Piritoo; cerca de allí había un tazon antiguo ornado con figuras de relieve; su enorme peso no impide al vigoroso hijo de Egeo levantarlo y lanzarlo á la cabeza de su enemigo. Cae Euritio, y entre convulsiones arroja de su cuerpo, junto con su cerebro, torrentes de sangre y de vino. Indignados por la muerte del hermano, gritan á una los Centauros:—¡A las armas! ¡A las armas!—El vino enciende su coraje, y las copas, los platos, los jarros á los banquetes destinados, conviértense en instrumentos de guerra y de matanza.

«Amico, hijo de Ofion, fué el primero que se atrevió

á despojar de sus ornamentos el doméstico altar, y cogiendo un candelabro radiante de luces, levantólo en alto como hacha del sacrificador pronta á hender la testuz de un toro, y rompió la frente del lápite Celadon: nadie habría sido capaz de reconocerle por el rostro, con los ojos saltados de sus órbitas, de tal manera dislocados los huesos de la cara que la nariz se hundió en el paladar. Belatés de Pella arranca el pié de una mesa de arce, derriba á un Lápite y con dos anchas heridas lo envía á los infiernos, vomitando sus dientes entre olas de sangre negra. En pié junto el altar donde humea el incienso, Grineo dirige á él terrible mirada y dice:—¿Por qué no he de servirme de esas armas?—Y dicho esto alza el vasto altar con la llama que sustenta y lo arroja en medio de los Lápites, quedando aplastados bajo la enorme mole

Fig. 353.—Teseo y el Centauro. (Grupo de Barye).

su erizada cabellera, y arrancando el umbral de una puerta, pone sobre sus hombros lo que habría sido para un carro suficiente carga. Por su grave peso no acierta á lanzarlo hasta el enemigo, y en su caida aplasta á su compañero Cometes, colocado cerca de él.—Sea siempre así, exclamó Rheto gozoso, como usen contra nosotros de su fuerza tus amigos.—Y al propio tiempo con el tizon medio consumido causóle nuevas heridas, y con vigorosos repetidos golpes rompióle el cráneo cuyos pedazos penetraron y se hundieron en su cerebro. Vencedor corrió á oponerse á Evagro, Coryto y Dryas, y de los tres, Coryto, cuyo labio sombreaba apénas ligero bozo, fué el primero en sucumbir.—¡Vaya una gloria como alcanzas con la muerte de un muchacho!—díjole Evagro, pero

Broteas y Orion, el que hijo de la ninfa Micale, obligaba á la luna con sus sortilegios á descender del cielo.—Venga un arma, grita Exadio, y tu crímen no quedará impune.—Y sirviéndose de la cornamenta de un ciervo consagrado á Diana y colgado de un pino, clava el doble dardo en los ojos del Centauro y se los arranca; el uno quedó adherido al cuerno, el otro saltó ensangrentado y quedóle pendiente de los pelos de la barba.

«Rheto coge del altar un ardiente tizon y blandiéndolo cual espada abrasa la sien derecha de Charax, cubierta de blondos cabellos que se inflaman y consumen como árido rastrojo; su sangre hierve con aquel estridor que produce el hierro hecho ascua cuando cogido por las corvas tenazas del herrero es sumergido en el agua que silba y burbugea. Sofoca Charax la llama que devora

Rheto sin dejarle proseguir hundióle enfurecido el tizon por la boca cuando la abria para continuar hablando, y se lo metió hasta el pecho.—Contra tí, Dryas cruel, avanza luego, y alrededor de tu frente revuelve amenazador su ígneo venablo; pero su esfuerzo no obtiene ya igual victoria: miéntras se envanece de sembrar á su paso la muerte hiéresle tú con una estaca endurecida al fuego en aquel punto donde se une el cuello á la espalda.—Rheto suspira; sin poder apénas sacar el palo de la herida, dase á la fuga bañado en sangre, al tiempo que tambien huían Orneo, Lycabas, Medon, herido en el costado derecho, Pisenor, Taumas, Mermeros, vencedor poco había en la veloz carrera, cuando ahora maltrecho, solo con vacilante paso podia retirarse; Pholos, Mena-

Fig. 354.—Combate entre Lápites y Centauros. (Bajo-relieve de Miguel Ángel).

leo, Abas, cazador de jabalíes, y el adivino Astylo que en vano quiso disuadir á los Centauros de empeñar la lucha. Viendo á Neso que retrocedía temeroso de la muerte, gritóle:—No huyas, que el Destino te tiene reservado para las flechas de Hércules.

«Eurinomio, Lycidas, Areo é Imbreo no pueden librarse de la muerte; atrévense á arrostrar el esfuerzo de Dryas y perecen á sus golpes. Tambien á tí, Creneo, te alcanzó su ira y á pesar de que huías te hirió por delante: te volviste para ver lo que á tus espaldas pasaba, y su hierro mortal penetró en tu frente en medio de los ojos, en el nacimiento de la nariz. Á pesar del espantoso tumulto permanece Afidas sumido en letárgico sueño, recostado sobre la piel de una fiera del monte Ossa; con lánguida mano sostiene la copa casi llena todavía; Forbas lo ve, y pasando los dedos en la correa de su lanza, exclama:—Vé y mezcla con las aguas de la Estigia el vino que has bebido.—Y arrojándole su venablo le atraviesa la garganta; no siente Afidas el golpe mortal; murió sin abandonar la actitud en que se hallaba, y un negro rio de sangre saltó de su boca á la piel que le servía de lecho y llegó hasta la copa llenándola del todo. Petreo hacía esfuerzos por desarraigar un roble; pero en tanto abrazado con él lo sacude en todos sentidos y lo mueve, la lanza de Piritoo penetró en sus ijares y lo clavó en el árbol.

«A los golpes de Piritoo cayeron Lyco y Chromis; pero su muerte no fué para él tan gloriosa como el vencimiento de Dictys y Helops. Este fué herido por un dardo que entrándole por la sien, salióle por el opuesto oido. Dictys descendía de la cumbre de un monte, y al tiempo que tembloroso procuraba evadir la ira del hijo de Ixion, cayó de cabeza: el peso de su cuerpo desgajó un copudo fresno y con sus palpitantes entrañas cubrió las esparcidas ramas. Para vengarle acudía Afareo y se disponía á arrojar un peñasco que arrancara del monte; mas Teseo le previene, y con el tronco de una encina quebranta los enormes huesos de su brazo. Luego, quizas por desdeñarse de matar á enemigo ya impotente, quizas por no consentírselo el aprieto del caso, saltó á la grupa del fiero Bianor que nunca llevara á otro que á sí mismo. Con sus rodillas oprimióle los ijares; con la mano izquierda asió su cabellera y con la nudosa clava, á despecho de sus amenazas, rompióle las quijadas, las sienes y la frente. Con la misma arma derriba á Nedymo, á Lycotas, diestro flechero, á Hipaso, cuya barba le llegaba al pecho, á Rifeo, más alto que los más altos árboles, y á Tereo, que se complacía en coger vivos á los osos de los montes de Tessalia y en llevarlos furiosos á su antro.

Teseo vence en todas partes; indignado por sus triunfos Demoleon hace vigorosos esfuerzos para erradicar añoso pino; pero, no pudiendo conseguirlo, lo rompe y lo arroja á la cabeza del héroe. Inspirado Teseo por Minerva (así por lo ménos quiso que se creyera), se aparta y evita el golpe, que sin embargo no descargó en vago, ya que dando en el altivo Crantor hundióle el pecho y desprendió de él el hombro izquierdo. Escudero de tu padre fué ¡oh Aquiles! Amyntor, rey de los Dolopios, vencido por Peleo, se lo dió en prenda de paz y de la fe jurada. Peleo ve el cuerpo de su amigo horriblemente mutilado, y grita:—Recibe esta víctima, ¡oh amigo Crantor! y sea ella satisfaccion de tus manes.—Y á estas palabras, con nervudo brazo impulsado por la venganza, dirige á Demoleon un dardo que penetra en su pecho y oscilando se clava en sus costillas. Arranca el Centauro el palo, mas no el hierro; si aquel cedió con trabajo al esfuerzo de su mano, quédase este adherido á sus pulmones.

El dolor redobló su coraje; á pesar de su herida encabritóse contra su enemigo y con las manos descargóle repetidos golpes; de ellos se defendió el héroe con el casco y el escudo, y con un solo dardo traspasó su doble seno. De léjos había Peleo dado muerte á Flegreon y á Hylé, y en seguida, combatiendo cuerpo á cuerpo, arrancó la vida á Hifinoo y á Clanis. Dorylas, cuya frente cubría una piel de lobo y cuyo brazo iba armado con los cuernos de un buey enrojecidos con sangre de los Lápites, recibió de su mano el postrer golpe.—Contempla, habíale yo dicho doblando la cólera mis fuerzas, cuán inferiores son tus armas á mi venablo.—Y lo lancé contra él. Para evitarlo púsose la mano en la frente, pero frente y mano quedaron traspasadas; dió entónces pavoroso grito, y Peleo, que estaba del Centauro más cerca que yo y que le vió de aquel modo encadenado y vencido por mi lanza, le hundió la espada en los ijares. Salta el monstruo, en su furor arrastra por el suelo las entrañas, pisotéalas varias veces desgarrándolas, enreda sus piernas en los nudos que forman, y cae espirante sobre su costado vacío.

«Y para tí, Cylaro, en medio de la pelea no fué escudo la hermosura, si admite semejante nombre tu naturaleza. Rubio bozo apuntaba en tu labio, y tu cabellera caía por tus espaldas en dorados rizos; esfuerzo y gracia respiraban tus facciones, y tu cuello, tus hombros, tu pecho, cuanto en una palabra era en tí humano podía rivalizar con las estatuas más bellas. Lo que de caballo tenías no era ménos perfecto y admirable: á acompañarlo con cabeza y cuello del propio animal no habrías sido indigno de Castor, tal era la esbeltez de tu grupa, tal el vigor de tus acerados músculos. Aunque de pelaje negro y luciente, tenía las piernas y la cola blancas.

«Entre las hijas de los Centauros aspiraban mil á agradarle, pero la sola que cautivó su corazon fué Hylonoma, la más bella entre las selváticas moradoras. Con sus caricias, con incesantes pruebas de amor reina en el albedrío de Cylaro, y para agradarle no hay cuidado ni fatiga que la arredre. Sírvele el marfil para alisar su cabellera perfumada con romero ó con rosas y violetas, y embellecida con diadema de lirios de nítida blancura. Dos veces al dia sumerge la cabeza en la clara fuente que riega los bosques del Pagaso; otras tantas

baña en ella su cuerpo. Suntuosas pieles cáenle con gracia sobre el hombro ó rodean su siniestro lado. Amor igual los enlaza; juntos vagan por las montañas, y el mismo antro les sirve de morada. Juntos habían asistido al banquete de los Lápites, y uno al lado de otro tomaron parte en el sangriento combate. Un dardo, ignórase por que mano disparado, hiere á Cylaro por la izquierda en aquel punto donde se unen cuello y cabeza y penetra hasta rozarle el corazon; apénas retirado el hierro siéntese preso de frio mortal, é Hylonoma recibe en sus brazos á su espirante esposo. Con la mano quiere cerrar su herida y sellando con los labios los suyos detener su alma fugitiva; al verle muerto llena el aire con lamentos que los gritos de los combatientes no dejan llegar á mis oidos; precipítase sobre el hierro que atravesó á Cylaro y exhala abrazándole el último suspiro.

«Paréceme igualmente ver á Feocomio, quien con la piel de seis leones formó la mantilla puesta en sus costados de hombre y de caballo, lanzar un tronco de árbol que apénas habrían movido dos yuntas de bueyes, y herir en la frente á Fonolénide. Este cae; su cabeza enorme queda rota en mil pedazos, y como la manteca comprimida se escapa de mal cerrada vasija ó como un espeso licor cae gota á gota al traves del cedazo, así sálenle los sesos por boca, nariz, ojos y oidos. Fonolénide espira y dispónese el Centauro á despojarlo, cuando en aquel instante (vuestro padre lo presenció) le hundí mi espada en las entrañas. A mis golpes cayeron igualmente Chtonio y Teleboas; el primero iba armado con una horca de palo, el segundo con un venablo y con él me hirió. Mirad, aún es visible la antigua cicatriz. De acaecer en aquel tiempo el asedio de Troya habría podido oponerme á las armas de Héctor y vencerle quizas; pero entónces Héctor aún no existía ó era muy niño, y hoy la vejez ha quebrantado mis fuerzas. ¿Os hablaré de Perifas, vencedor de Pyreto, y de Ampyco que hirió con una jabalina sin hierro el semblante de Oiclo? Macareo lanzó una pértiga contra el pecho del lápite Erigdupio y le derribó al suelo; aún recuerdo el instante en que Nesso hundió una pica en la ingle de Cymelo. El hijo de Ampyco por nombre Mopso, de quien no habeis de creer que se limitase á leer en lo porvenir, dió con su venablo la muerte á Odites. En vano el Centauro quiso hablar: su lengua quedó hundida en su barba y su barba en su garganta.

«Ceneo, blandiendo reluciente hacha, mató á Stifelo, Bromo, Antímaco, Hélimo y Pyracmon. Cenis se llamaba cuando siendo mujer, hija de Elato, eclipsaba con su donosura á todas las doncellas de Tessalia; cierto dia en que pascaba sola por la orilla del mar, Neptuno infirióle con violencia fiero agravio, así por lo ménos lo contó la fama; y para no experimentar de nuevo tal ultraje pidió ella ser transformada en varon. Otorgóselo el dios y ademas el privilegio de ser invulnerable á los golpes y de no perecer jamas por hierro: desde aquel dia, dichoso con tales dones, convirtióse Cenis en arrogante y esforzado guerrero y su nombre fué Ceneo.

»Cubierto con los despojos del macedonio Haleso á quien acababa de inmolar, acudió á la pelea Latreo, entre los Centauros el más vigoroso y gigantesco; no era ya jóven, pero tampoco viejo; conservando toda la fuerza de la juventud sus sienes comenzaban á cubrirse de canas. Su escudo, su yelmo y su lanza á estilo macedónico atrajeron las miradas de todos. Llegado entre los combatientes dirigió sucesivamente sus torvos ojos á uno y otro bando, blandió sus armas, dió varias vueltas ostentando marcial gallardía, y llenó el aire con estas altivas palabras:—Cenis, ¡apártate! Para mí serás siempre mujer, nunca dejarás de ser Cenis. ¿Cómo no abate tu orgullo el recuerdo de tu nacimiento? ¿Has olvidado acaso como te fué concedida esa apariencia de un sexo distinto, y que afrenta con ella te pagaron? Piensa en tu orígen, piensa en tu ultraje, y vuelve á tu rueca y á tus labores dejando para los hombres los combates.—Apénas concluía el insolente discurso cuando Ceneo clavóle un dardo en el punto en que el Centauro deja de ser hombre para ser caballo; el dolor enciende el furor de Latreo, y dirige recio bote de lanza al descubierto rostro del arrogante Tessalio; mas su arma fué rechazada como lo es de los tejados el granizo ó una piedrecita por el parche sonoro. El Centauro le ataca entónces de cerca y quiere hundirle la espada en el costado, pero su cuerpo es impenetrable.—No importa, exclama Latreo, no has de librarte de mí; si está embotada la punta de mi espada, su filo va á darte muerte.—Y esto diciendo dirige oblícuamente la espada contra su enemigo, y con toda la fuerza de su brazo le descarga un tajo. Pero los golpes caían sobre su cuerpo como sobre el bronce ó el mármol, y la espada de Latreo voló al fin rota en pedazos, uno de los cuales hirióle en el cuello. Despues de ofrecer así su cuerpo invulnerable al hierro del Centauro admirado, dijo Ceneo:—Veamos si mi arma tendrá mejor temple contra tí.—Y le hundió en el pecho la terrible espada, y la volvió y revolvió para más ensanchar la herida. Furiosos los Centauros acuden con espantosos rugidos, y dirigen contra Ceneo mil dardos que luego de tocarle caen al suelo embotados; el hijo de Elato resistió á todos los golpes, y ninguno llegó á herirle.

«A tal portento quedan los Centauros confundidos.—«¡Oh colmo de vergüenza! exclama Monycho. ¡Cómo! todo un pueblo es vencido por un hombre solo, que merece apénas este nombre! ¿Pero qué digo? hombre es por su esfuerzo, y nosotros, por nuestra flojedad, lo que él ántes fué somos ahora. ¿De qué nos sirven nuestros grandes cuerpos y nuestra doble fuerza? ¿Porqué habrá natura reunido en nosotros los dos séres más esforzados? Nó, no tenemos por madre á una diosa, ni fué nuestro padre Ixion el que se atrevió á poner sus ojos en la soberbia Juno, nosotros que somos vencidos por un enemigo semi-mujer y semi-hombre. Amontonad encima de

él piedras, árboles, montañas; ahogadle entre ramas y follaje, bajo una selva entera, á ver si esa mole causa en él el efecto de una herida.—Dijo, y hallando al alcance de su mano un árbol tronchado por el Austro impetuoso lanzólo contra su terrible adversario. Imitan los demas su ejemplo, y en pocos instantes es el Othrys despojado de sus selvas y el Pelion queda sin sombra. Sepultado bajo la inmensa pesadumbre, Ceneo, jadeante, procura sostenerla con sus robustos hombros; pero á poco siente que la respiracion le falta; en tan duro trance, ora experimenta desmayos, ora quiere volver á la luz echando de sí el peso enorme que le aplasta, ora lo sacude, como vemos en un terremoto moverse la cumbre del Ida. La suerte de Ceneo quedó rodeada de misterio; creyóse que ahogado y quebrantado descendió á las regiones del Tártaro; mas el hijo de Ampyco desmintió tal rumor. De entre los árboles en confusion amontonados vió lanzarse á los aires un ave silvestre, que yo divisé entónces por primera y última vez. Vióla Mopso revolotear al rededor de sus compañeros; oyó su estridente aleteo, y siguiendo con los ojos y el alma sus movimientos todos, gritó:—Salve, ¡oh tú, gloria de los Lápites! ántes hombre único y ahora única entre las aves!—La autoridad de Mopso hizo el prodigio digno de fe, pero él no impidió que excitado nuestro coraje por la pena de su pérdida, indignados al ver tan fuertes y numerosos brazos reunidos contra un solo hombre, saciáramos quizas con crueldad nuestra venganza. Las espadas no dejaron de derramar sangre hasta que la mayor parte de los Centauros hubieron muerto á nuestras manos y sido dispersados los otros por la fuga y la oscuridad de la noche.» (Ovidio).

En efecto, desde la sangrienta jornada da la fábula por extinguido al indómito pueblo de los Centauros. De los pocos que á ella sobrevivieron pasaron unos á la isla de las Sirenas, donde perecieron de hambre, y al pais de los Ethicos; otros acaudillados por Eurytio (pues algunas tradiciones le dejaban con vida) y Dexameno, se dirigieron á Oleno, y otros en fin con Folos, gran amigo de Hércules, se establecieron en Arcadia.

Existían ciertas tradiciones tessalias que presentaban á los centauros bajo muy distinto aspecto. Por ser las laderas del monte Pelion abundantes en plantas de medicinales virtudes atribuíríase á los extraordinarios séres que allí moraban la ciencia de las hierbas salutíferas y el arte de curar, y este carácter, probablemente comun en su orígen á los Centauros todos, quedó siendo con el tiempo privilegio exclusivo de uno solo, del sabio Chiron, cuya índole benévola y suave forma gran contraste con la de sus semejantes. Si á ellos se parece por su naturaleza física, distínguese de ellos, entre otras cosas, en su genealogía.

Cronos ó Saturno, prendado de Filira, la ninfa del tilo, cuya flor estuvo muy en uso en la primitiva medicina helénica, tomó para alcanzarla figura de caballo. Fruto de su union fué un hijo mitad hombre y mitad caballo al que se da alguna vez el nombre de Dolops, pero siendo por lo general conocido con el de centauro Chiron. Desconsolada Filira al ver la deformidad de su hijo, pidió con llanto á los dioses que la sacaran de entre los mortales; piadosos, accedieron á su súplica, y la convirtieron en tilo.

Chiron, fué como sus hermanos valeroso cazador, pero más que todo y sobre todo túvosele por entendido médico. Como indica su nombre (mano diestra), sobresalió en curar heridas y en calmar con remedios los dolores, y por esto cuantos héroes tessalios poseyeron en los antiguos tiempos esta ciencia consideráronse como discípulos de aquel que era llamado «el más justo entre los Centauros.» Al venir Esculapio al mundo, su padre Apolo lo llevó á Chiron, y éste le instruyó en la medicina y en la caza, aprendiendo en su escuela á retardar la muerte de los hombres y hasta á volverlos á la vida. Tiempo despues comunicó el mismo maestro igual enseñanza á Aquiles, cuyo padre Peleo había sido ántes objeto de su proteccion. De esta manera se formó la leyenda de la educacion de Aquiles por Chiron de la cual nada habían dicho los poemas homéricos.

Fué este genio benéfico el primero que aplicó al alivio de las dolencias humanas el conocimiento de las plantas. Los Magnetos le tributaban especial culto, y cada año le ofrecían las primicias de la primavera. Su memoria se ha conservado en el nombre que se dá á la

Fig. 355.—Aquiles y el Centauro Chiron.

hierba *Chironion* ó *Centáurea*, cuya raíz tenía la virtud de desviar las serpientes, hacerlas inofensivas ó matarlas con la acritud de su olor.

Vivía el hijo de Filira retirado en solitaria cueva del monte Pelion. «Una cueva abierta en antiquísimo peñasco conserva aún la memoria del justo que la habitó. Crécse que adiestró en tocar la lira á las mismas manos

que debían un dia arrancar la vida á Héctor. Hércules, realizados parte de sus trabajos, llegó á aquel sitio, y allí se reunieron dos destinos para Troya funestos: el descendiente de Eaco y el hijo de Júpiter. El heróico hijo de Filira recibió cordialmente á su jóven huésped, ántes su discípulo, y miró con complacencia la temida clava y la piel de leon que le cubría.—El hombre, dijo, es digno de las armas, y las armas dignas del hombre.—Tambien Aquiles pone sus atrevidas manos en aquella velluda piel; pero en tanto que el anciano examina las emponzoñadas flechas, cayó una y le hirió en el pié izquierdo. Gime Chiron y saca de la herida el hierro, en tanto que Alcides y el mancebo tessalio se entregan á violento dolor. El Centauro mezcla el jugo de varias hierbas cogidas en las alturas del Pagaso, y para curar su herida apela á todos los recursos del arte; mas la devoradora actividad de la ponzoña triunfa de su ciencia, penétrale el mal hasta los huesos y vá apoderándose de todo su cuerpo: al confundirse su sangre con la de la Hidra de Lerna hácense ineficaces los remedios todos. Aquiles, vertiendo copioso llanto, manteníase en pié como habría hecho delante de su padre: si Pileo hubiese muerto asimismo habría llorado. Con mano cariñosa estrechaba la descolorida del enfermo, grata recompensa á la solicitud del maestro por la educacion de su discípulo, y cubriendo de besos el rostro del moribundo, le decía:—Vive, yo te lo ruego; ¡padre querido, no me dejes!—Pero al noveno dia tu cuerpo ¡oh Chiron! varon justo entre todos, quedó rodeado de dos veces siete estrellas.» (Ovidio).

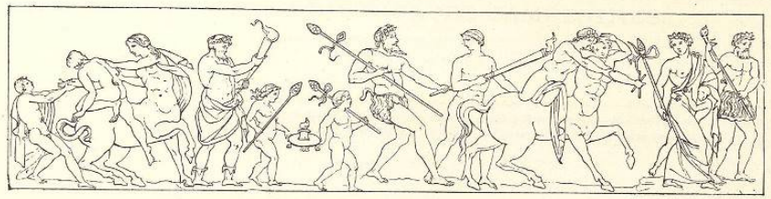

Fig. 356.—Baco y los Centauros. (Bajo relieve del Museo Pio Clementino).

Segun otra leyenda la muerte de Chiron ocurrió en el combate que sostuvo Hércules con los Centauros. Perseguidos éstos hasta la cueva del venerable hijo de Filira, donde se habían refugiado esperando que desarmaría á su perseguidor la presencia del que fuera su maestro, una flecha emponzoñada del héroe á otro dirigida hirió á Chiron en la rodilla, sin que bastasen á curarle los cuidados de su desconsolado discípulo ni su propia ciencia. El infeliz Centauro, no pudiendo resistir á los dolores que le torturaban sin destruir en él el principio de la vida en cuanto era inmortal, pidió á Júpiter que se dignara poner término á sus dias. Su plegaria fué oida; el Padre de los dioses traspasó á Prometeo la inmortalidad del hijo de Saturno, y colocó á éste en el Zodíaco, donde formó la constelacion del Sagitario.

Obsérvese que Crotos, hijo de Pan, comparte con el Centauro el honor de la misma apoteósis.

A los golpes de Hércules desaparecieron los Centauros: algunos poetas dijeron haber sido sus descendientes los Hipocentauros; pero en opinion de casi todos los autores Hipocentauros y Centauros forman una sola y misma especie en la leyenda mitológica.

Conforme hemos visto en el relato de Nestor, admitía aquella tambien *Centauras*, que dotadas de rara belleza, llevaban igual existencia que los selváticos y guerreros Centauros. Aunque con ménos frecuencia que éstos vense representadas en sarcófagos y camafeos, y del pintor Zeuxis existió un cuadro con una Centaura dando el pecho á su hijo, muy famoso en los tiempos antiguos.

Hubo una época en que al parecer se creyó en la existencia de tales monstruos. Plinio habla con toda gravedad de un Centauro que dice haber visto conservado en miel, ocupando Claudio el trono imperial. Plutarco asegura que Periandro, tirano de Corinto, había visto uno con vida.